

Estudio de caso de una enfermera especializada en TB

Enfermera: Tania Monteiro

Tania Monteiro afirma que siempre le ha gustado ayudar a los demás. Desde pequeña, siempre ha deseado hacer algo útil por el mundo y ha sentido empatía por las personas que necesitaban ayuda. Por eso decidió ser enfermera.

En 2005, dos años después de haberse graduado, recibió una oferta de trabajo en una unidad de atención a tuberculosos.



“Me alegro de haber tomado la decisión de ser enfermera. Ha sido una gran experiencia a lo largo de los últimos 17 años. Entre 2005 y 2012 trabajé en la unidad de tuberculosis, que fue considerada centro de excelencia e incluso recibimos una visita de expertos de la Organización Mundial de la Salud. Tras ese encuentro, me invitaron a ser instructora del Consejo Internacional de Enfermeras para impartir formación sobre tuberculosis.”

A pesar de que la unidad estaba bien equipada, con equipos de protección individual y salas de presión negativa, la Sra. Monteiro contrajo tuberculosis mientras trabajaba en ella.

“Hicieron falta dos años para diagnosticar mi enfermedad por tratarse de tuberculosis extrapulmonar o abdominal. Mis síntomas no eran muy claros, y de hecho al principio me dijeron que tenía cáncer de ovarios. Fue duro - perdí 15 kg., me vi obligada a tomar analgésicos para poder moverme y tenía un abdomen grande e hinchado lleno de líquido. Recuerdo que en el hospital estando con mi madre al lado, el médico, al mirar la tomografía, me dijo “tienes algo en el ovario, es cáncer.”

Tras 22 días esperando los resultados de la biopsia del fluido abdominal, le dijeron que había dado positivo en la prueba de la tuberculosis.

“La primera vez que el médico me dijo que el ‘cáncer’ podía ser tuberculosis le dije que si era cáncer le prohibía hacer nada, incluso hablar con mis padres. Y que si era tuberculosis yo no podría manejar la enfermedad.

Seguidamente, vino una colega a hablar conmigo pero yo estaba en fase de negación, convencida de que no podría soportar el tratamiento. Me pasé dos horas llorando antes de tocar el timbre y decir ‘tráigame la medicación’. En ese mismo momento, comencé el tratamiento.”

Afirma que sus padres estuvieron angustiados y su padre no hablaba del tema e incluso mentía a los demás sobre el diagnóstico.

“Yo creo que era consciente del estigma alrededor de la tuberculosis y a los vecinos les dijo ‘Tania tiene una infección’. Algunos amigos vinieron a verme al hospital y otros no, cosa que comprendí.

Mi reacción al tratamiento fue muy mala y vomitaba cada vez que lo tomaba. Mi madre dijo que tenía que abandonarlo porque me estaba matando, pero no lo hice. Después de una semana, me admitieron en la unidad en la que trabajaba: una semana era enfermera ahí, la siguiente era paciente.”

La Sra. Monteiro afirma que la situación era terrible porque se sentía muy enferma, y porque parecía que sus colegas no querían cuidar de ella.

“No era porque tuvieran miedo sino porque un año antes otra colega había sido ingresada en la unidad y había fallecido. Estaban sensibles porque yo era la segunda enfermera de la unidad con ese diagnóstico.

Cuando comencé el tratamiento los efectos secundarios fueron terribles. Vomitaba todo el tiempo e incluso vomité las pastillas que me administraban para prevenir los efectos secundarios. Pero no dejaba de pensar que no podía rendirme. Sabía que tenía que seguir tomando las pastillas hasta lograr mantenerlas en el cuerpo. Mi madre me decía ‘te vas a morir, tienes que dejar el tratamiento’ y hubo un momento en el que tuve una experiencia cercana a la muerte al sentir que estaba en un túnel viendo pasar toda mi vida. Me costaba respirar porque tenía los pulmones llenos de líquido y empecé a empeorar. Entonces le dije a mi madre que me iba a morir pero que me encontraba en paz.

Pero nunca me rendí y estuve hospitalizada dos meses para recibir el tratamiento y recuperarme.”

Asimismo, afirma que su empleador tardó tres años en reconocer que había contraído tuberculosis ocupacional mientras trabajaba y ahora recibe una pensión muy pequeña cada mes.

También dice que, aparte de algunas cicatrices residuales en los pulmones, está en forma y se encuentra bien, sin secuelas de la tuberculosis. Y se siente afortunada por vivir en un país donde es fácil acceder al tratamiento.

“Cuando me recuperé fui a Mozambique a impartir formación sobre tuberculosis para enfermeras del programa del CIE sobre tuberculosis/tuberculosis resistente a los fármacos. Una noche estando en el hotel vi al Ministro de Sanidad llorando en televisión diciendo que durante seis meses no habría ningún tratamiento para la tuberculosis disponible en su país. Entonces me di cuenta de lo afortunada que era yo por ser de Portugal. Nunca me tuve que preocupar de si recibiría tratamiento o no.

Después, volví a trabajar en la unidad y fue muy interesante. Cuando les administraba las pastillas a mis pacientes veía en sus expresiones lo que estaban sintiendo y les decía ‘ahora sientes esto y esto otro’ y me preguntaban que cómo lo sabía.

Mi consejo a las enfermeras es que se informen correctamente sobre los medios de propagación de la tuberculosis porque todavía hay personas que no están bien informadas al respecto. También les aconsejo que tengan en cuenta lo que les dicen los pacientes. Si un paciente dice que está sintiendo esto o lo otro significa que es verdad. Yo lo sé por experiencia propia. El primer día que estuve en el hospital y le conté a una enfermera cómo me sentía me di cuenta de que dudaba de lo que le estaba diciendo. Y le dije que por eso nos mienten los pacientes, porque no les creemos.

Las enfermeras han de saber cómo comunicarse con las personas e interpretar lo que dicen porque es muy importante escuchar de manera útil.

Estoy muy contenta y agradecida. Es una bendición haber tenido enfermeras cuidando de mí porque en los momentos en los que no me podía mover, o los días en los que desconocía lo que me estaba ocurriendo, sabía que me estaban tratando muy bien. Que Dios bendiga a las enfermeras y a los médicos.”